

Perdiendo el juicio

Cabrones. Llegaron esta tarde de paisano a mi piso preguntando por mí como si fueran de Correos o algo así. Les enseñé el carné y me dicen que estoy detenido y que por favor les acompañe. Por lo visto creen que maté a Claudia. Y yo me tengo que aguantar aquí en esta horrible celda apestosa hasta que alguien caiga en la pequeña inconsistencia de su teoría, que Claudia todavía está viva, la muy puta.

Como Papá y Mamá están fuera de casa y de contacto, supongo que no se han enterado. He llamado a su abogada; no estaba, pero su secretario dice que mañana por la mañana seguramente me lleven a prestar testimonio ante el juez y que en tal caso ella procurará estar allí.

Tengo un compañero de celda. Un tío blancuzco y totalmente calvo (¿quimioterapia?), muy canijo, canijo como un enganchado, diría yo. Supongo que tendrá unos treinta, más / menos diez años. Estoy tratando de mirarlo sin que se dé cuenta. En realidad tiene un aire intelectual ahí semirreclinado en su cama con sus gafillas de alambre. Está analizando partidas de ajedrez de una revista en el tablero más cutre que he visto. Cuando entré hace como una hora - ya sin cordones en mis zapatos - me dijo que se llamaba no sé qué, me estrechó la mano amigablemente, y desde entonces no ha vuelto a mostrar ningún interés por mí. Yo llevo todo este rato tumbado en mi especie de cama más aburrido que un pollo. Pasar mucho tiempo aquí metido tiene que ser insoportable.

Voy a ir a hablar con él.

- ¿De quién es esa partida?

- Tinman juega blancas contra Short.

- Pues parece que Short lo tiene crudo ya, ¿no?

- Sí. Como mueva su torre, caballo c7 jaque y la ha cagado, así que no puede impedir que avance el peón éste. Si no recuerdo mal, ya mismo abandona... Sí, sólo dos movimientos más.
- ¿Y tú, tienes ocasión de jugar alguna vez, o aquí dentro no hay afición?
- A veces, algunos hay. Y por Internet, los jueves. ¿A ti te apetece una partida?
- Vale.
- Elige puño.
- Vaya, negras. Empezamos mal. Abandono, vamos a echar otra... No, hombre, es broma.

Qué paliza me ha metido el mierdecilla. Ha abierto con una Orangután de esas más raras que su p... (c4 e5, c6 Cf6, etc.). Tuvimos que sentarnos los dos en su cama con el tablero en medio. La frugalidad y las ridículas dimensiones de esta celdilla las podría encontrar risibles incluso, si fuera otro el desgraciado obligado a quedarse en ella; siendo las cosas como son, resulta de lo más agobiante. No es por buscar excusas, pero es normal que haya perdido en estas condiciones. Él estará ya acostumbrado. En realidad, no da la impresión de estar mal, ni resignado tampoco; simplemente parece estar esperando con paciencia. Me pregunto cuánto llevará aquí, y por qué. Lo de Claudia también ha tenido que afectar mi concentración. Como aquí ya habían cenado antes de llegar yo, hace un rato vino un tío a ofrecerme un bocadillo, pero pasando. Espero que las cosas se arreglen mañana porque yo no puedo vivir aquí de ninguna manera. Me imagino dentro de unos días echando de menos los cordones esos para poder poner fin a la insufrible miseria. Bueno, tampoco es eso, pero será mejor que me saquen. Voy a ver si duermo en esta cama estrecha y fría. De todas formas dice el calvillo que ya mismo apagan las luces.

- Qué decepción, ¿eh? Parece que te lo estabas pasando bien con Claudia. Te has despertado justo antes de mojar las sábanas, cuando ya es tarde para evitarlo, ¿verdad? Tío, si te vas a quedar aquí mucho, aprende a seguir soñando pase lo que pase.
- ¿Qué...? ¿Cómo sabes tú quién es Claudia?

- No sé quién es, sólo que me has despertado gimiendo su nombre. ¿Quién es?
- Mi novia. No, mi ex-novia.
- Vaya.
- Según dicen, la maté. Por eso estoy aquí.
- Pero claro, tú eres inocente. ¿Quién la mató?
- Nadie. Si esto es un absurdo malentendido. Esta mañana estuve con ella.
- Qué raro. Oye, ya que me has despertado con tus húmedos recuerdos de esta tía, cuéntame vuestra historia que me vuelva a dormir. Alguna idea tendrás de por qué te acusan de asesinarla.
- Porque son gilipollas. ¿Qué quieres que te cuente? Conocí a Claudia hace dos meses y siete días en un tren. Nos liamos y desde entonces salimos juntos. Desde entonces hasta anoche. Fuimos a un concierto con unos amigos suyos. De hecho los componentes de uno de los grupos que tocaban son amigos suyos también, sobre todo el cantante, que es un payaso pijito de mierda disfrazado de zarrapastroso. Tras la mierda de concierto (con cierto asco) me fui solo para el camping donde nos quedábamos la noche, porque el pseudo-andrajoso ese ofreció a Claudia una vuelta en su puta moto, por supuesto “con mi permiso” (aunque dudo que tenga ni el de moto grande). Desde que la conozco sé que Claudia cree que este tío es lo mejor, nunca he entendido por qué. En nuestro iglú leí un rato y apagué la linterna. Me quedé despierto pensando, jodido, hasta que oí llegar la moto. Estaban riendo como tontitos en voz baja. Un poco después los oigo follando. Al final entró en la tienda sigilosamente, echando peste a Whisky. Yo estaba de espaldas a ella y me hice el dormido. Podía sentir tan fuerte su sonrisilla culpable, culpable pero inocentemente satisfecha - la misma sonrisilla que me gustaba tanto cuando la pillaba terminando mis cereales o leyendo mi diario - la podía sentir tan fuerte, y tan nítida, que me quemaba la nuca. Ella se durmió enseguida, y yo al final también, agotado por mi propia maraña de vanas maquinaciones.
- Joder.
- Por la mañana me desperté temprano. Escribí una nota y la dejé en mi sitio. Sólo la miré una vez, desde la entrada, antes de irme. Estaba vuelta hacia la pared de la tienda, apacible como una niña chica. La moto del mierdecilla no estaba, supongo que se fue a dormir allá donde duerman los mierdecillas idolatrados. No sé qué le hubiera hecho. Me volví a casa en coche y estuve viendo películas en DVD y escribiendo hasta que los dos cabrones vinieron a detenerme. Y bueno, esa se puede decir que es nuestra historia, al menos como acaba.... eh... ¡Hijo de puta!

No escribiré mucho porque no hay luz. He soñado con Claudia. Estábamos en la tienda de campaña, ella durmiendo y yo maquinando. Finalmente me volví hacia ella y la agarré por el cuello. Se despertó y empezó a llorar. Me dijo que se había follado al tío ese sin saber por qué, y que aún me quería. Yo en mi sueño lloraba también, creo. La solté y nos abrazamos, y de pronto estábamos haciendo el amor. Entonces me desperté y mi compañero de celda me estaba hablando de Claudia (parece que yo había dicho su nombre o algo). Me pidió que le contara nuestra historia, así que me confié a él (no me preguntes, querido librito, por qué), le dije lo que hizo Claudia y todo, ¡y cuando termino me doy cuenta de que el muy cretino está roncando!

- ¿Modesto Herrero?

- Soy yo.

- Pase.

- ¿Usted es... Modesto Herrero Ferrer?

- Sí.

- A su izquierda el señor Fiscal, a su derecha representándolo a usted doña María del Carmen Ochoa Gómez, y el señor Secretario. Bien, señor Herrero. ¿Conoce usted a la señorita Claudia Domínguez García?

- Sí.

- ¿Qué relación tiene con la señorita Domínguez?

- ¿Yo? Ninguna, ahora. Pero era mi novia.

- ¿Y hasta cuándo duró esa situación?

- La dejé esta mañana porque me puso los cuernos.

- La dejó debido a su comportamiento adúltero. ¿Es eso?

- Sí...

- ¿Dónde estuvo usted ayer por la noche?

- En una camping cerca de Matalascañas.

- ¿El camping... Peñalgosa?

- Eso es.

- ¿Se encontraba alguien más con usted?
- Sí, muchos más.
- ¿Quiénes?
- Andrajosos, amigos de mi novia..., de Claudia. Y con Claudia, claro. Ella y yo compartíamos tienda.
- Con la señorita Domínguez y amigos. Y esto, ¿era antes de que, según usted, ella le fuera infiel?
- Bueno, antes y después. Y durante, en realidad.
- ¿Y de qué modo conoce o cree usted conocer el comportamiento de la señorita Domínguez?
- Pues porque oí como se tiraba a un tío detrás mía... de mí.
- Presenció usted... - ¿anoche? - una relación sexual que mantuvo su pareja con un extraño. ¿Es eso?
- Eso es. *Extraño* es la palabra.
- ¿Pero la señorita Domínguez pasó la noche con ese individuo?
- No. Cuando terminaron ella se vino a dormir conmigo.
- Pasó la noche entonces con usted. ¿Y qué hizo usted en esa situación?
- Me hice el dormido porque no sabía cómo reaccionar y por la mañana le dejé una nota y me volví a mi casa.
- Hizo usted amago de dormir por no saber, por no saber aún, cuál debía ser la naturaleza de su represalia. ¿Es eso?
- No... represalia no. Yo qué sé. Que no sabía qué hacer.
- Señor Secretario, ponga entonces “la naturaleza de su represalia o conducta cualquiera”. ¿De acuerdo?
- Mmm.
- ¿Y recuerda qué escribió en la nota?
- Sí. La nota ponía:

Ya no me engaña tu aire infantil, lo amaba pero ya ni me inmuta. Ahora entiendo que tú eres pueril, y tras tu antifaz, una puta.
- Es decir, que por fin había caído de sus ojos el velo de la inocencia y que jamás volvería usted a ser víctima de su atroz engaño. ¿Es eso?
- Sí, más o menos... *Atroz* es que jodía la métrica...
- Y después volvió usted solo a su casa.

- Sí. Y no la he visto más.
- Bien... ¿Doña Ochoa?
- Sí. Modesto, ¿no hizo usted entonces más que dormir durante la noche y hasta irse?
- No, nada más.
- De acuerdo, no hay más preguntas.
- ¿Señor Fiscal?
- Sí. Entonces, señor Herrero, usted pasó la mayor parte de la noche con la señorita Domínguez, su novia, plenamente consciente de que ella le había engañado.
- Sí.
- Y me imagino que usted estaría al menos contrariado por esta circunstancia.
- Sí, bastante.
- Pero no habló con ella ni intentó de modo alguno hacerle conocer su estado de ánimo.
- No.
- ¿Y no es más verdad que durante la noche, preso de la furia y actuando en sangre caliente, usted violó y asesinó por asfixia a la señorita Domínguez?
- ¡No! Eso no es en absoluto verdad.
- ¿Quiere decir que quizás si lo sea de forma relativa?
- No, quiero decir que es ficción. ¿Por qué estáis todos actuando como si Claudia estuviera muerta? ¡Lo está para mí, pero fisiológicamente no, coño!
- No hay más preguntas, su Señoría.
- Muy bien. Señor Herrero. ¿Es usted consciente de que el cadáver de Claudia Domínguez fue hallado esta mañana en una tienda de campaña - presumiblemente la vuestra - en el camping del que venimos hablando?
- ¡¿Qué?!
- Fue violada y asesinada.
- Eso es una estupidez. No puede ser...
- ¿Entonces dice usted que no lo sabía?
- Modesto, espera, ven. Venga. Su Señoría, solicito permiso para acompañarlo de vuelta a su celda, si esto ha concluido.
- De acuerdo.

Dicen que Claudia está muerta. Violada y asesinada. Pero no puede ser. Yo no me lo creo hasta que no la vea. Y piensan que fui yo. Me llevaron a declarar delante de un juez, con fiscal y todo. Cabrones. Cuando me dijeron eso, estuve un poco alterado, y la abogada me acompañó. Tuve que hacer como si estuviera bien para que me dejara en paz y se fuera. Después, he estado llorando un poco, por si acaso es verdad. Pero no puede ser. Esto es un montaje, lo habrá fingido para joderme. Supongo que...

- Herrero. Ya te puedes ir.

- ¡Modesto, estás libre! Han encontrado al culpable. Un borracho. Ha venido diciendo que la violó, aunque según él no la mató. Y tenía tu nota y cosas de Claudia. Van a hacer un análisis de esperma, pero vamos, que es él. ¿Estás bien? ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Estoy otra vez en mi casa. Me han soltado porque dicen que un borracho ha confesado. Igual es verdad y todo, pero yo tengo que verla, su cadáver. No sé qué pensar, qué sentir. Durante esa eternidad en la cama con ella, la nueva Claudia, se me ocurrieron tantísimas líneas de acción, unas viables, la mayoría fuera de toda proporción y medida, y sin embargo no hice nada. Supongo que la tensa, precaria coalición entre el yo idealista, con su necesidad de aferrarse a la antigua imagen (incluso cuando las luces se habían encendido y la pantalla ya se veía como la plana y pálida obscenidad que era), y el yo orgulloso, traicionado, vengativo, violento, se manifestó como este improbable comportamiento neutral. Por la mañana ya hacía décadas que Claudia era una vil traidora, y el vacío, como un tumor, había tenido tiempo para comerse mi interior. Al menos conseguí rellenar un infinitésimo con las migajas de orgullo que mi propio autocontrol (loable, pensaba yo, el yo cobarde) me permitía rescatar.

¿Pero cómo puede ser que otra persona la matara? A pesar de todo, ojalá, ojalá esté bien en realidad; ¿a lo mejor en

realidad haya sobrevivido al brutal acoso de ese borracho del que hablan, y los payasos esos piensan que está muerta? Seguiré escribiendo luego, esta noche quizá.

He tenido un sueño. Tengo que contar esto pero no puedo contarlo; sólo quiero deshacerme de este horror insoportable. Mi sueño se convirtió en pesadilla en cuanto me desperté y lo comprendí. Estaba otra vez con Claudia, en la tienda. De nuevo la cogía del cuello y apretaba, y ella se retorció y me suplicaba con los ojos, pero yo no podía parar, como cuando no puedes soltar el cable que te está electrocutando, como en un sueño. Pero de pronto Claudia ya no era Claudia, sino mi almohada, pero yo seguía agarrándola y apretando, hasta darme cuenta que ya había despertado de mis retorcimientos sonámbulos. Así que era verdad, él no la mató; tenía razón aquel borracho necrófilo.